

Un elogio insultante de Mario Vargas Llosa

El pasado 24 de agosto, *El País* publicaba en *La cuarta página* y firmado por Mario Vargas Llosa, el artículo *Elogio del qi gong*¹. En sus párrafos iniciales, el autor nos hablaba del retiro veraniego a que se somete desde hace 27 años en una clínica de Marbella para “desagraviar a mi pobre cuerpo de las duras servidumbres a que lo someto el resto del año”. Y concluye: “Si yo tengo que elegir una sola de esas actividades [físicas], me quedo con el qi gong”.

El primer asombro que provoca el artículo proviene de su arranque. En él, su autor nos presenta la materia de su elogio tras afirmar que “no tiene mucho interés en estudiarla”. ¿Sería posible que un periódico serio publicase artículo semejante si su autor se estuviera refiriendo a cualquier otra actividad respetable, ya sean las enfermedades tropicales o los juegos paraolímpicos, la literatura medieval o la moda del barroco? Me temo que no, lo cual define el estatus y la respetabilidad que ha logrado tanto el qi gong, como otras disciplinas orientales divulgadas entre nosotros en las últimas décadas (ya lo insinúa Don Mario: “me encontraré con una de esas mucilaginosas retóricas bobaliconas y seudorreligiosas con que suelen autodignificarse las artes marciales”).

Soy practicante de qi gong desde hace 35 años y dirijo la *Tai Chi Chuan Eskola* de San Sebastián desde 1991. En ella imparto clases y cursos de estas disciplinas, tras un largo y contrastado aprendizaje con diversos maestros orientales y occidentales. Así que, a diferencia del premio nobel, sí que “he estudiado su tradición y filosofía”, como se supone que debería hacer cualquiera que osase impartir una enseñanza en cualquier ámbito de actividad humana.



¹ *El País* se ha negado a publicar la presente respuesta como ‘derecho a réplica’.

Para alguien a quien “no le interesa averiguar”, las afirmaciones que hace tras esta frase son tan atrevidas como grotescas. Desde el primer párrafo, Vargas Llosa afirma que el *qi gong* “es una práctica china milenaria, que en algún momento remoto se independizó del tronco común del tai chi y que, además de ser exactamente lo contrario de un ‘arte marcial’, de algún modo difícil de explicar, pero evidente para quien lo ejercita cada día, tiene íntimamente que ver con el sosiego individual y, como proyección máxima, con la civilización y la paz”.

Parece que, hasta hace bien poco, todo lo que nos venía de Norteamérica debía ser “el último grito” para ser tomado con mediático interés, lo mismo que lo que proviniera de China debe ser vendido como “una práctica milenaria”. El autor se soporta en este principio, por lo visto inexcusable, para proseguir con sus afirmaciones –recurre al mismo modelo en sus primeras líneas con “algo bueno debe tener el ayuno cuando su práctica forma parte de la historia de todas las religiones occidentales y orientales”–.



Sin embargo, *qi gong* no es un término antiguo ya que no se creó y utilizó hasta mediados del siglo XX, cuando el gobierno maoísta de China decidió, contra su anterior prohibición y la imposibilidad de extender entre su inmensa población un sistema sanitario moderno, imponer una política de salud pública que alentase “algunas prácticas populares” como algunas variables de *qi gong* y taichi. Asimismo, el taichi no era sino uno entre los diversos sistemas marciales semisecretos que tuvieron su último florecimiento en la grave crisis política de los últimos años del siglo XIX. Su divulgación en Occidente como “El Arte Marcial Interno” con milagrosos poderes tanto curativos como marciales proviene de campañas propagandísticas del siglo XX, impulsadas sobre todo a partir del efecto que produjo el recibimiento del primer presidente norteamericano que visitó la China de Mao, Richard Nixon, en 1972. El gobierno chino de entonces preparó concienzudamente un

escenario que ratificase la “superioridad cultural de la milenaria tradición china” con exhibiciones masivas de taichi, operaciones sin anestesia con acupuntura, y otros espectáculos admirables. El consumidor occidental corrió presuroso a hacerse con tales tesoros, por fin al alcance de algunos bolsillos. La recepción de dichas disciplinas en los más de 40 años siguientes pueden resumirse, desgraciadamente, en una suerte de tópicos que Vargas Llosa no hace sino glosar y caricaturizar.



Así, “digan lo que digan, las artes marciales no son inocentes: quieren aprovechar lo que hay de primitivo y bestial en el ser humano para convertirlo en una máquina de matar, perfeccionar su innata violencia en bruto en una fuerza destructiva organizada capaz de aniquilar al adversario, así como, de un solo golpe, el brazo musculoso del maestro puede partir en dos una pila de ladrillos. El qi gong, en cambio, quiere liberarlo de esa agresividad congénita y hacerlo descubrir que la vida podría ser mejor si, a la vez que descargamos la ferocidad que nos habita, cada una de nuestras acciones es realizada con la delicadeza y la calma con que ejecutamos los movimientos que conforman su práctica”. Por una triste coincidencia, algunas páginas más adelante, El País del mismo día, publicaba uno de los capítulos de la serie “Mentes asesinas”, dedicado esta vez a Juan Agilar. Sus titulares: *El infierno del monje shaolín. El “maestro” mantenía orgías de dominación y sangre en su gimnasio de Bilbao.*

¿Quiere hacernos creer Don Mario (y El País) que esa alquimia siniestra se realiza mayormente en los gimnasios de Bilbao o Bogotá, de Shanghái o Johannesburgo, donde un puñado de psicópatas orientales u occidentales enseña los trucos para “partir en dos una pila de ladrillos”?

Ya que casi cualquier gesto humano es potencialmente agresivo, y más aún sus máquinas, ¿deberíamos prevenirnos, por tanto, de usar ningún vehículo de transporte, de arriesgarnos a un abrazo o de conversar con desconocidos? Hace siglos que el asesinato masivo y las formas de canalizar

“una fuerza destructiva organizada capaz de aniquilar al adversario” se desarrollan, se alientan y se ejercitan sistemáticamente en otros centros marciales que no hacen ningún asco a las tecnologías más avanzadas. La aviación tripulada como arma fundamental de guerra ya se ejercitó en los albores del siglo XX en el Rif o en la guerra civil española para establecerse, junto a las armas atómicas, en la Segunda Guerra Mundial. Hoy se practica con drones, como si los muertos ocasionados fueran víctimas virtuales. Sin embargo, el potencial agresivo del gesto humano puede ser trabajado para ser reconocido y controlado, y ésa es la noble función de las disciplinas de lucha ejercitadas en ámbitos protegidos.

Como decía, el término qi gong (literalmente “trabajo con la energía”; habría que dilucidar lo que sugiere a los chinos esta última palabra) abarca cualquier actividad física: desde una postura inmóvil hasta un ejercicio aeróbico, desde un movimiento con claro fin terapéutico hasta el faquirismo que exhiben en nuestros teatros y circos los “verdaderos” monjes del templo de Shaolín. Que Vargas Llosa lo ejercite mirándose al espejo bajo la guía de la “grácil y flexible Jeannete... siempre a punto de levitar o desaparecer, acompañada por una música china discreta, lánguida y repetitiva... persuadiendo a los neófitos a que se abandonen al absorbente ritual en pos de salud, belleza y serenidad”, es cosa suya, pero sólo perfila una caricatura infantil.

Que, finalmente, pretenda que su arrobo pueda aplicarse –“basta con media hora diaria”– a los conflictos humanos que cada día destruyen tantas vidas y lastran a las generaciones con cargas de dolor indigerible, no sólo es una estupidez. Es, sobre todo, un insulto dirigido a todos los que se afanan, al lado de tantas víctimas, en sostener alguna forma de convivencia humana dignamente viable.



Fotografías de Guy Le Querrec

POSTDATA A LA RESPUESTA A VARGAS LLOSA (un pequeño experimento)

Como he señalado, mi artículo respuesta al de Vargas Llosa fue escrito inmediatamente después del suyo y enviado a El País que rehusó su publicación (“por exceso de originales”). Lo envié después a otros medios, pero no recibí respuesta. Ya que lo había escrito, y aún no tenía este blog, lo envié a algunos amigos y conocidos practicantes de taichi y qi gong. En general, fue bien recibido, pero algunos me confesaron que tampoco les había desagradado, de primeras, la página de Vargas Llosa. Entonces, pensé en hacer un pequeño experimento: propuse a algunos que preguntasen por la impresión que les había causado su artículo, sin mencionarles mi respuesta. Las respuestas recibidas podían reunirse en tres grupos: el de los que lo celebraban e incluso se sentían alagados de la buena propaganda, el de los que lo rechazaban por su confusión y por la ignorancia que expresaba y, finalmente, el de los que aunque hacían matizaciones, agradecían la publicidad.

En cuanto al segundo grupo, estas palabras pueden resumirlo: “Creo que este hombre no tiene ni idea de lo que es este tema, mezcla todo... para mí no merece la pena ni considerarlo. Dice que no ha estudiado el Chi Kung, pues debería, para saber y atreverse a opinar sobre las Artes Marciales... este artículo hace tiempo que salió, y ni los grandes, ni los pequeños maestros del tema, al menos los que yo conozco, lo han considerado, por no merecer la pena”. Para los que le hacen matizaciones, puede servir la opinión de [Manuel Rodríguez Salvador en su blog](#): “Pese a mis críticas en estos aspectos, he de decir me gusta que lo recomiende y me encanta que lo practique, aunque también se confunda afirmando que ‘una sesión completa de Chikung no dura más de media hora’. Y estoy totalmente de acuerdo en que ‘si los miles de millones de bípedos de este planeta dedicaran cada mañana media hora a hacer Chikung habría acaso menos guerras, miseria y sufrimientos y colectividades’. Sin embargo debo añadir que, aunque no esté de acuerdo con el señor Vargas Llosa, todos los beneficios de los que habla se consiguen, también, practicando Taichi. Finalizo diciendo que, por supuesto, lo que más me gusta del artículo es el hecho de que, desde un medio como es El País, se haga buena publicidad del Chikung. Hay que agradecerlo: a quienes somos instructores de Taichi y Chikung y nos dedicamos a este mundillo... nos viene muy bien”.

Pensé que este pequeño incidente revelaba una vez más una cuestión fundamental para los que nos dedicamos a enseñar estas disciplinas: Los periódicos a los que envié mi artículo, que no simpatizan con las ideas de Vargas Llosa y no me respondieron, lo hacían simplemente porque el tema les parecía una frivolidad. Que este señor se dedique a hacer publicidad a una clínica de la jet y de su fantástica profesora, no es para darle ningún relieve; bastante autobombo se da en El País con todas sus opiniones. Estoy de acuerdo. Pero en lo que no había caído lo suficiente es en que también los temas de los que hablaba son considerados una frivolidad, y eso incumbe

directamente a “los administradores” de dichas disciplinas. No creo que “los grandes, o los pequeños maestros del tema” seamos ajenos a esto. Alegrarse de la publicidad (¿queda alguna marca, desde McDonalds hasta Roca, que no haya utilizado el taichi, el qi gong o al meditación en sus anuncios?) y quejarse después de que cualquiera se atreva, no me parece congruente.

Somos responsables de que la imagen pública del qi gong en nuestras sociedades sea la de un subproducto del exotismo oriental para consumo de ociosos.